

tantino, pues, puso en vigor las actas del concilio de Nicea. En el asunto de Arrio, llegó á ordenar que el que encontrase algún libro de este hereje y no lo quemase, sería condenado á muerte, y de un modo análogo obró Teodosio, el Joven, que desterró á Nestorio á un oasis egipcio.

El partido pagano contaba entre sus adeptos muchas de las antiguas familias aristocráticas del Imperio, y todos los discípulos de las anteriores escuelas filosóficas; miraba á su antagonista con desdén y afirmaba que sólo puede adquirirse el saber por el ejercicio laborioso de la observación y de la razón humana.

El partido cristiano aseguraba que todo conocimiento ha de hallarse en las Escrituras y en las tradiciones de la Iglesia; que en la revelación escrita, nos ha dado Dios no sólo un criterio de la verdad, sino todo cuanto quería que supiésemos. Las Escrituras contienen, por lo tanto, la suma y fin de todo saber; el clero, con el Emperador á sus espaldas, se hallaba dispuesto á no sufrir ninguna competencia intelectual.

De este modo se manifestaron las que se han llamado ciencia sagrada y ciencia profana; así se encontraron frente á frente los dos partidos opuestos; uno adoptando como guía la razón humana, el otro la revelación. El paganismo se apoyaba en la sabiduría de sus filósofos; el cristianismo en la inspiración de sus Padres.

La iglesia, pues, se constituyó en depositaria y árbitro del saber, hallándose siempre dispuesta á recurrir al poder civil para que hiciera obedecer sus decisiones, emprendiendo de este modo una marcha que determinó toda su carrera futura; vino á ser el valladar que se opuso por más de mil años al adelanto intelectual de Europa.

El reinado de Constantino marca la época de la transformación del cristianismo en un sistema político, y aunque en cierto sentido, puede decirse que este sistema se degradó hasta la idolatría, elevóse en otro á un desarrollo semejante al de la antigua mitología griega. En el mundo moral como en el físico, sucede que cuando dos cuerpos se chocan, ambos cambian de figura; el paganismo fué modificado por el cristianismo, y éste por aquél.

En la controversia sobre la Trinidad que surgió primero en Egipto, tierra de las trinidades, era el punto principal de la discusión definir la posición del Hijo. Vivía en Alejandría un presbítero llamado Arrio, candidato desahuciado á una silla episcopal; empezó su teoría manifestando que precisamente ha habido un tiempo en que el Hijo, atendiendo á su propia naturaleza de hijo, no podía existir, y un tiempo en que principiaría á ser, puesto que es condición necesaria en las relaciones filiales que un padre sea mayor que su hijo. Pero esta afirmación destruye evidentemente la coeternidad de las tres personas de la Trinidad; implica una subordinación ó desigualdad entre ellas, y da á entender que hubo una época en que no existía la Trinidad; con este motivo el afortunado obispo competidor de Arrio, desplegó su potencia retórica en públicos debates sobre el asunto, y extendiéndose la disputa, los judíos y paganos que formaban la inmensa mayoría de la ciudad de Alejandría se entretenían con representaciones teatrales de la contienda religiosa, y el punto de sus burlas era la igualdad entre las edades del Padre y del Hijo.

Fué tal la violencia que al cabo adquirió el debate, que el asunto tuvo que ser sometido al Emperador. Al principio consideró la disputa como frívola y quizás se inclinaba sinceramente á la opinión de Arrio, puesto que en el orden natural de las cosas un padre tiene que ser mayor que su hijo. Tan grande fué, no obstante, la presión ejercida sobre él, que se vió obligado á convocar un concilio, el de Nicea, el cual para alejar el conflicto, estableció un credo ó formulario al que iba unido el siguiente anatema: «La iglesia Católica y Apostólica anatematiza á los que digan: que hubo un tiempo en que no existía el Hijo de Dios: que tampoco existía antes de ser engendrado: que fué sacado de la nada ó de otra sustancia ó esencia, y que es creado, mudable ó capaz de sufrir alteración.» Constantino en seguida fortificó la decisión del concilio con el poder civil.

Pocos años después prohibió el emperador Teodosio los sacrificios y la entrada en los templos, y calificó de crimen capital la inspección de las entrañas de las víc-

timas. Instituyó los inquisidores de la fe y ordenó que todos aquellos que no estuviesen conformes con la creencia de Dámaso, obispo de Roma, y de Pedro, obispo de Alejandría, fueran desterrados y privados de sus derechos civiles; los que celebrasen la Pascua el mismo día que los judíos, serían condenados á muerte. La lengua griega empezaba á ser desconocida en el Oeste, y el verdadero saber se iba extinguiendo.

En este tiempo ocupaba un tal Teófilo el obispado de Alejandría. Habíase dado á los cristianos de esta ciudad un antiguo templo de Osiris, para que sobre sus ruinas edificaran una iglesia, y al cavar para echar los cimientos del nuevo edificio, se encontraron casualmente algunos símbolos obscenos del culto primitivo, los que Teófilo, con más celo que pudor, expuso en el mercado como objetos de pública mofa. Menos sufridos los paganos en esta ocasión que los cristianos cuando las farsas teatrales sobre el debate de la Trinidad, se alzaron en tumulto y estalló una asonada. Establecieron su cuartel general en el Serápeo, y tales fueron los desórdenes y la carnicería, que el Emperador se vió obligado á intervenir; envió un edicto á Alejandría ordenando á Teófilo que destruyera el Serápeo, y la gran biblioteca reunida por los Ptolemeos y que se había salvado del incendio de Julio César, fué dispersada por este fanático.

Al obispado de Teófilo ascendió á su debido tiempo su sobrino San Cirilo, que se había captado el aprecio de las congregaciones alejandrinas, como predicador elegante y aplaudido, y á él se debió en gran parte la introducción del culto de la Virgen María. Su influencia sobre este pueblo inconstante estaba empero turbada por Hipatia, hija de Teon el matemático, que no sólo se distinguía en la exposición de las doctrinas de Platon y de Aristóteles, sino también por sus comentarios sobre los escritos de Apolonio y otros geómetras. Diariamente se estacionaba ante su academia una larga fila de carros, y la sala de las conferencias apenas podía contener las personas más ricas y elegantes de Alejandría, que iban á escuchar sus disertaciones sobre asuntos que en todo tiempo ha inquirido el hombre y que jamás han sido ex-

plicados: ¿Quién soy? ¿Dónde estoy? ¿Qué puedo saber?

¡Hipatia y Cirilo! La filosofía y el fanatismo no podían existir juntos, y reconociéndolo Cirilo obró según esta idea. Cuando Hipatia se encaminaba á su academia, fué asaltada por las turbas de Cirilo, en las que iban varios monjes, desnudada en la calle, arrastrada á una iglesia y allí asesinada por la maza de Pedro el Lector; el cuerpo fué destrozado, la carne raída de los huesos con conchas, y los restos arrojados al fuego. Nunca tuvo Cirilo que dar cuenta de este horroroso crimen; parece, pues, que se aceptaba que el fin santifica los medios.

Así acabó la filosofía griega en Alejandría y pereció la ciencia que tanto se esforzaron en promover los Ptolemeos; la biblioteca Hija, la del Serápeo, fué dispersada, y la suerte de Hipatia sirvió de aviso á los que intentaran cultivar los conocimientos profanos; no hubo por tanto libertad para el pensamiento del hombre; todo el mundo debía pensar como la autoridad eclesiástica ordenase en el año del Señor 414, y en la misma Atenas aguardaba su sentencia la filosofía; Justiniano al fin prohibió su enseñanza é hizo cerrar todas las escuelas de la ciudad.

Mientras tenían lugar estos sucesos en las provincias orientales del imperio romano, se extendía por el Oeste el espíritu que los había producido. Un monje bretón, que había tomado el nombre de Pelagio, pasó del occidente de Europa al norte del África, enseñando que la muerte no fué introducida en el mundo por el pecado de Adán: que antes al contrario, éste era necesariamente y por naturaleza mortal, y que sin haber pecado también hubiera muerto: que las consecuencias de sus pecados sólo á él se referían sin afectar á su posteridad. De estas premisas deducía Pelagio ciertas importantes conclusiones teológicas.

Fué acogido en Roma favorablemente, pero en Cartago lo hizo denunciar San Agustín; un sínodo celebrado en Diospolis lo declaró exento de herejía, mas llevado el asunto ante Inocencio I, fué, por el contrario, condenado. Sucedió en esto la muerte de Inocencio I, y su sucesor Zósimo anuló la sentencia y declaró ortodoxa la

opinión de Pelagio; estas decisiones contradictorias se presentan todavía como argumentos por los enemigos de la infalibilidad del Papa. En este estado de confusión estaban las cosas cuando los astutos obispos africanos, por medio de la influencia del conde Valerio, obtuvieron del Emperador un edicto denunciando á Pelagio como hereje y condenándolo con sus cómplices al destierro y la confiscación de bienes. Afirmar que la muerte existía en el mundo antes de la caída de Adán, era un crimen de estado.

Es muy instructivo considerar en qué descansan los fundamentos de esta extraña decisión; puesto que el asunto era puramente filosófico, hubiera podido discutirse con arreglo á los principios físicos, pero en vez de esto sólo se adujeron consideraciones teológicas. El atento lector habrá notado en la exposición de Tertuliano sobre los principios del cristianismo, una ausencia completa de las doctrinas del pecado original, de la maldad absoluta, de la predestinación y de la gracia y la expiación. El cristianismo, tal cual él lo describe, no tiene nada de común con el plan de la salvación mantenido dos siglos después. Al cartaginés San Agustín es á quien debemos la precisión de nuestras opiniones sobre estos puntos importantes.

Al decidir si la muerte había existido en el mundo antes de la caída de Adán, ó si fué el castigo impuesto al hombre por su pecado, se trató de averiguar si las opiniones de Pelagio estaban ó no conformes, no con la naturaleza, sino con las doctrinas teológicas de San Agustín; el resultado fué tal como debía esperarse. La doctrina declarada ortodoxa por la autoridad eclesiástica, ha sido derribada por los descubrimientos incuestionables de la ciencia moderna. Mucho antes de que un sér humano apareciese sobre la tierra, millones de individuos, ¿qué digo? miles de especies y aun de géneros habían dejado de existir, y los que ahora viven con nosotros no son sino una fracción insignificante de los que han desaparecido.

Una consecuencia de gran importancia fué el resultado de la controversia promovida por Pelagio. Del libro del

*Génesis* se había hecho la base del cristianismo; si bajo un punto de vista teológico tanto valor se dió á su relación del pecado del Paraíso y de la trasgresión y castigo de Adán, tanto más le corresponde considerado filosóficamente, pues vino á ser la gran autoridad de la ciencia patristica. La Astronomía, la Geología, la Geografía, la Antropología, la Cronología, y ciertamente todos los ramos del saber humano debían estar conformes con él.

Como el efecto de las doctrinas de San Agustín había sido colocar la teología en antagonismo con la ciencia, puede sernos interesante examinar con brevedad algunas de las ideas puramente filosóficas de este grande hombre. Con tal objeto podemos elegir muy adecuadamente algunos trozos de sus estudios sobre el primer capítulo del *Génesis*, contenidos en los libros undécimo, duodécimo y dècimotercero de sus *Confesiones*.

Consisten en discusiones filosóficas intercaladas con rapsodias. Ruega á Dios que le permita comprender las Escrituras y descubrir su sentido; declara que no hay en ellas nada supérfluo, pero que las palabras tienen diversas significaciones.

El aspecto de la creación revela la existencia de un creador, pero inmediatamente surge esta cuestión: «¿De qué modo, Dios mio, hicisteis el Cielo i la tierra? Bien cierto es que no hicisteis el Cielo i la tierra ni en el Cielo ni en la tierra, ni tampoco en el ayre, ó en las aguas; porque tambien estas cosas son una parte del Cielo i de la tierra. Ni el mundo Universo le hicisteis en el mismo Universo mundo; porque no havia donde hacerle, ántes de hacerle para que le huviese.» La solución de este problema fundamental la encuentra San Agustín diciendo: «Con que Vos solamente dijisteis que fuesen hechas todas las cosas: i con decirlo, todas fueron hechas: i asi con vuestra palabra las hicisteis.»

Pero la dificultad no termina aquí; San Agustín llega hasta observar «que las syllabas pronunciadas por Dios, sonaron y pasaron, la segunda despues de la primera, la tercera despues de la segunda, i así las demas por su órden... Por lo qual evidentemente se descubre, que aquella voz fué formada mediante el movimiento de una cosa

criada, que no obstante ser temporal i transitoria, servia á vuestra voluntad eterna.... Porque estas palabras son muy inferiores respecto de mi misma i ahun comparadas con mi ser no son: porque huyen, pasan, i se desvanecen; pero la Palabra de mi Dios i Señor, infinitamente superior á mi, eternamente dura i permanece.»

Además es claro que las palabras así expresadas no han podido ser emitidas sucesiva sino simultáneamente, puesto que la sucesión por sí implica tiempo y cambio, siendo así que por el contrario sólo existían la eternidad y la inmortalidad: Dios sabe y dice eternamente lo que tiene lugar en el tiempo.

San Agustín define luego, no sin grande misticismo, lo que significan las primeras palabras del *Genesis*: «En el principio» y se guía en sus conclusiones por otro pasaje escritural. «*Que magníficas i admirables son vuestras obras, Señor!* Todo lo haveis hecho con sabiduría. Ella es el principio de todo, i en este principio hicisteis el Cielo i la tierra.»

Añade luego: «¿No están ciertamente llenos de sus errores antiguos, los que ahora nos preguntan, — *Qué es lo que Dios hacia* ántes que hiciese el Cielo i la tierra? Porque si estaba ocioso, dicen ellos, y no hacia cosa alguna; ¿por qué no estuvo así siempre i en toda la duración subsiguiente, así como en toda la anterior estuvo siempre sin hacer obra exterior alguna? Porque si en Dios hubo algun movimiento nuevo, ó nueva voluntad de producir las Criaturas que nunca ántes havia producido; ¿cómo pudiera haver en Dios verdadera eternidad, habiendo esa voluntad nueva que ántes no la havia? Pues la voluntad de Dios no es criatura alguna, sino anterior á toda Criatura; porque no se criaria cosa alguna, si ántes no precediera la voluntad del Criador. I así la voluntad de Dios pertenece á la misma substancia divina. Pero si en la substancia i ser de Dios se hallara algo que ántes no lo havia, no se digera con verdad aquella substancia eterna. I si Dios eternamente tuvo esa voluntad de producir las criaturas; ¿por qué ellas *ab eterno* no fueron producidas?»

Al responder á estas preguntas no puede evitar uno de

esos giros retóricos por los que era tan celebrado; «Respondo, pues, no lo que dicen que respondió otro burlándose, huyendo de la dificultad, i diciendo, Que entónces estaba Dios preparando los tormentos del Infierno para los que pretenden averiguar las cosas altísimas é inescrutables... Digo, pues, Dios mio, que Vos sois el *único Autor i Criador de todo lo criado*: i que si con el nombre de *Cielo i tierra* se significan todas las criaturas; digo osada y resueltamente, que ántes que hicieseis el Cielo i la tierra no haciais cosa alguna. ¿Por qué, si huvierais hecho algo, aquello no havia de ser alguna criatura? ¡Ojalá pudiese yo saber con tanta certeza todo lo que deseo saber útilmente, como sé que ninguna criatura se hacia antes que se hiciese alguna criatura!

»Más si alguno de entendimiento demasiadamente ligero anda vagueando por tiempos imaginarios anteriores á la Creacion, i se admira de que Vos, Dios omnipotente, Criador de todas las cosas, conservador de todas, Autor de Cielo i tierra, hayais dejado pasar innumerables siglos, ántes que hicieseis esta obra tan admirable; vuelva sobre sí, i contemple, que se admira de unas cosas falsas que él mismo allá se finge. Porque ¿cómo havian de haver pasado ántes innumerables siglos que Vos no haviais criado, siendo Vos el único Autor i Criador de todos los siglos? ¿Ni qué tiempos havian de ser los que no havian sido criados por Vos? ¿Ni cómo podian haver ya pasado, si todavía no havian sido?

»Pues ¿qué cosa es el tiempo?... Pero aquellos dos tiempos que he nombrado, pasado i futuro, ¿de qué modo son ó existen, si el pasado ya no es, i el futuro no existe todavía? I en quanto al tiempo presente, es cierto que si siempre fuera presente, i no se mudára ni se fuera á ser pasado, ya no seria tiempo, sino eternidad. Luego si el tiempo presente, para que sea tiempo, es preciso que dege de ser presente i se convierta en pasado; cómo decimos que el presente existe i tiene ser, supuesto que su ser estriva en que dejará de ser; pues no podemos decir con verdad que el presente es tiempo, sino en quanto camina á dejar de ser.

»Solemos tambien decir largo tiempo i tiempo corto;

mas esto solamente lo decimos del pasado ú del futuro... Pues ¿cómo puede ser largo ni breve lo que siquiera no es? porque el pasado no es ya, i el futuro no es ahun...»

El estilo en que expresa San Agustín sus ideas se asemeja al de una conversación rapsódica con Dios. Son sus obras un sueño incoherente; para que el lector pueda apreciar esta observación, voy á copiar algunos párrafos á la ventura. Lo que sigue es del libro duodécimo:

«Lo que al presente percibo, Dios mio, quando oigo decir á vuestra Escritura: *En el principio hizo Dios el Cielo i la tierra; pero la tierra estaba invisible i sin forma alguna; i las tinieblas estaban sobre la faz de la tierra*, i que no dice en que día hicisteis estas dos cosas, lo que desde luégo entiendo es, que habla aquí de aquel *Cielo del Cielo*, que es un Cielo intelectual, donde el entendimiento está en actual conocimiento de todas las cosas de una vez, i no las conoce por partes, ni como por enigmas, ni como en un espejo, sino de todo punto, manifestamente i cara á cara; no entiendo ahora una cosa i luégo otra, sino como está dicho, conociéndolas todas juntas de una vez, i sin variedad alguna ni sucesion de tiempos. Tambien juzgo desde luégo que habla así la Escritura, á causa de aquella tierra invisible, informe i sin especie alguna, que no estaba sujeta á las sucesiones de los tiempos como ésta, que suele ya tener una cosa, ya mudarse á tener otra. Pues por estas dos cosas, que la una fué desde su principio perfectamente formada i la otra enteramente informe, aquélla signficada con el nombre de *Cielo*, pero *Cielo del Cielo*, i ésta con el nombre de *Tierra* pero *tierra invisible i sin forma*; por estas dos cosas conozco desde luégo, que dice la Escritura, sin conmemoracion de día alguno, que *En el principio hizo Dios el Cielo i la tierra*. Por eso inmediatamente añade la Escritura, de qué tierra habla; i como tambien se dice hecho el firmamento en el segundo día, i que se llamó *Cielo*; bastantemente insinúa de qué Cielo habló ántes sin hacer mencion de días.

» ¡Admirable es, Dios mio, la profundidad de vuestras Escrituras! Se nos presentan fáciles en la superficie, convidando halagüeñamente á los humildes; pero consideradas por lo interior, ¡qué admirable es, Dios mio, su pro-

fundidad! Horror i temblor causa contemplarla; pero es un horror nacido del respeto, i temblor que proviene de lo mucho que enamora. Muchísimo aborrezco á sus enemigos. ¡Oh, si Vos, Señor, con aquella vuestra misteriosa *Espada de dos filos* los traspasarais de modo que dejaran de ser enemigos suyos! Pues amo y deseo que mueran para sí, como vivan para Vos.»

Como ejemplo de la manera hermética que tiene San Agustín de revelar los hechos ocultos de la Escritura, puedo citar lo que sigue del libro décimotercero de las *Confesiones*; su objeto es mostrar que la doctrina de la Trinidad está comprendida en la narración mosaica de la creación.

«He aquí, Dios mio, donde como en enigma se me representa vuestra Trinidad santísima: porque aquí os veo, Padre todo Poderoso, criando *el Cielo i la tierra* en el *Principio* de nuestra sabiduría, el qual es la misma Sabiduría vuestra, nacida de Vos, igual y coeterna á Vos, i que es vuestro Hijo.

» Tambien he dicho ya muchas cosas acerca del *Cielo i de la tierra invisible i sin forma ni compostura, i tambien del abysmo cubierto de tinieblas*, en órden á la defectibilidad de la naturaleza espiritual en el estado de su primer sér informe, si no se hubiera convertido ácia aquel que la havia criado i comunicado la tal qual vida que por entónces era, i así participando de su luz se hiciese hermosa vida, i fuese *Cielo* de aquel Cielo, que despues se hizo entre unas i otras aguas: en lo qual ya tenia yo al *Padre* que hizo todas estas cosas, entendiéndole en la palabra *Dios*, i tenia tambien al *Hijo* en que las hizo, entendiéndole yo en la palabra *Principio*.

» Mas como el Dios en quien creo es Trinidad, lo mismo que creia, lo andaba buscando en sus mismas palabras i Escrituras, *I el Espiritu divino era llevado sobre las aguas*. I vé aquí os hallo á Vos, Dios mio, Trinidad, Padre, Hijo, i Espiritu Santo, Criador de todas las criaturas.»

Para dar al lector una impresión exacta del carácter filosófico de los escritos de San Agustín, he substituído, en las citas presentadas, á mi propia traducción, la del

reverendo Dr. Pusey, contenida en el primer volumen de la *Biblioteca de los Padres de la Santa Iglesia Católica*, publicada en Oxford en 1840 (1).

Considerando la elevada autoridad que el mundo religioso ha atribuido á los escritos de San Agustín durante cerca de quince siglos, es un deber hablar de ellos con respeto; no hay ciertamente para qué obrar de otro modo. Los párrafos notados se critican por sí mismos. Nadie hizo más que este Padre para poner en antagonismo la ciencia y la religión; él fué quien principalmente apartó la Biblia de su verdadero objeto (una guía para la pureza de la vida), colocándola en la peligrosa posición de árbitro del saber humano y audaz déspota sobre el ingenio del hombre. Una vez dado el ejemplo, no faltó quien lo siguiera; las obras de los grandes filósofos griegos fueron estigmatizadas como profanas; los monumentos trascendentalmente gloriosos del Museo de Alejandría, fueron oscurecidos por una nube de ignorancia y de misticismo y por una jerga ininteligible, cuyas tinieblas rompían con demasiada frecuencia los destructores rayos de la venganza eclesiástica.

Una revelación divina de la ciencia no admite mejora, cambios ni progresos. Rechaza por innecesario y presuntuoso todo nuevo descubrimiento, considerando como nociva indiscreción el tratar de inquirir lo que Dios quiere ocultarnos.

¿Qué era, pues, esta ciencia sagrada y revelada que los Padres declaraban como la suma de todo el saber?

Asemejaba todos los fenómenos naturales ó espirituales á las acciones humanas, y en el Todopoderoso, en el Eterno, sólo veía un hombre gigantesco.

Afirmaba que la tierra es una superficie plana, sobre la cual se extiende el cielo como una bóveda, ó según nos dice San Agustín, como si fuera una piel. En él se mueven el sol, la luna y las estrellas, para dar luz al hombre durante el día y la noche. La tierra fué formada por Dios

(1) En esta traducción están tomadas las citas de la edición de San Mauro, puesta en castellano por el R. P. Fr. Eugenio Zeballos.—*(N. del T.)*

de materia hecha de la nada, con todas las especies de animales y plantas que en ella existen; la acabó en seis días. Sobre el firmamento están los cielos, y en el tenebroso espacio bajo la tierra, el infierno. Aquélla es el centro y el cuerpo más importante del universo, para la cual han sido criadas todas las demás cosas.

En cuanto al hombre, fué sacado del polvo de la tierra; al principio estuvo solo, pero luego de una de sus costillas formó Dios á la mujer; es la mayor y más acabada de sus obras; fué colocado en el Paraíso, cerca de los márgenes del Eufrates; era en extremo sabio y puro, pero habiendo probado el fruto prohibido y quebrantado por tanto el mandato que le había sido impuesto, fué condenado al trabajo y á la muerte.

Sin intimidarse por este castigo los descendientes del primer hombre, siguieron de tal suerte la senda del mal, que se hizo necesaria su destrucción. Un diluvio, por lo tanto, inundó la haz de la tierra y alcanzó hasta la cresta de las montañas. Llenado su objeto, un viento secó las aguas.

Se salvaron de esta catástrofe, encerrados en un arca, Noé y sus tres hijos con sus mujeres. De éstos, Sem se quedó en Asia y la pobló; Cam pobló el África y Jafet la Europa. No teniendo los Padres conocimiento de la existencia de América, no proveyeron de antepasado á este pueblo.

Escuchemos lo que dice alguna de estas autoridades en apoyo de sus afirmaciones. Lactancio, refiriéndose á la herética doctrina de la redondez de la tierra, hace notar: «¿Es posible que los hombres caigan en el absurdo de creer que las mieses y los árboles del otro lado de la tierra cuelguen hácia abajo y que las personas tengan los pies más altos que la cabeza? Si les preguntáis cómo defienden estas monstruosidades, cómo las cosas no caen del otro lado de la tierra, responden que la naturaleza de las cosas es tal, que los cuerpos pesados tienden hácia el centro como los rayos de una rueda, mientras que los cuerpos ligeros como las nubes, el humo, el fuego, tienden por todas partes del centro hácia los cielos. Ahora bien, no sé realmente qué decir de los que cayendo así

en el error, perseveran en su locura y defienden un absurdo con otro.» Sobre la cuestión de los antípodas, afirma San Agustín que «es imposible que haya habitantes al lado opuesto de la tierra, toda vez que la Escritura no menciona semejante raza entre los descendientes de Adán.» Quizás, sin embargo, el argumento más incontrovertible contra la esfericidad de la tierra era que «el día del juicio, los hombres del otro lado del globo no podrían ver al Señor descendiendo por los aires.»

No me parece necesario hacer referencia á la introducción de la muerte en el mundo, á la perpetua intervención de agentes espirituales en el curso de los sucesos, á los oficios de ángeles y demonios, á la esperada conflagración de la tierra, á la torre de Babel, á la confusión de lenguas, á la dispersión de la humanidad, á la interpretación de los fenómenos naturales, como eclipses, arco iris, etc. Sobre todo, me abstengo de comentar las concepciones de los Padres sobre el Todopoderoso; son demasiado antropomórficas y faltas de sublimidad.

Tal vez pueda entresacar de Cosme Indicopleusta las ideas que se sustentaban en el siglo vi. Escribió éste un libro titulado *Topografía cristiana*, cuyo intento principal era refutar la opinión herética de la forma globular de la tierra y la aserción pagana de que existía una zona templada al extremo Sur de la tórrida. Afirma que, según el verdadero sistema ortodoxo de geografía, la tierra es un plano rectangular, que se extiende cuatrocientas jornadas del Este al Oeste y exactamente la mitad de Norte á Sur; que está rodeada de montañas sobre las cuales descansa el cielo; que una de las situadas al Norte, más alta que las demás, intercepta los rayos del sol produciendo así la noche; que el plano de la tierra no es precisamente horizontal, sino que está algo inclinado hacia el Mediodía; por esto el Eufrates, el Tigris y otros ríos que corren hacia el Sur, tienen una corriente rápida, y el Nilo, que se dirige cuesta arriba, tiene por necesidad muy poca.

El venerable Beda, que escribió en el siglo vii, nos dice que «la creación fué hecha en seis días y que la tierra es su centro y objeto principal. El cielo es de una natu-

raleza ígnea y sutil, redondo y equidistante como un dosel de todos los puntos de la tierra. Gira á su alrededor diariamente con una velocidad indecible, moderada tan sólo por la resistencia de los siete planetas: tres sobre el sol: Saturno, Júpiter y Marte; luego el sol, y tres debajo: Venus, Mercurio y la luna.

»Las estrellas se mueven en círculos fijos, recorriendo las del Norte los más pequeños. El cielo más alto tiene sus límites propios; en él se encuentran las virtudes angélicas que descienden sobre la tierra y vuelven después que toman cuerpos etéreos, y ejecutan funciones humanas. Los cielos están templados con agua helada para evitar que se inflamen. El inferior se llama firmamento, porque separa las aguas de arriba de las de abajo. Las aguas del firmamento están más bajas que los cielos espirituales, pero más altas que todas las cosas corporales, y reservadas, en opinión de algunos, para un segundo diluvio; otros dicen, con más fundamento, que su objeto es templar el fuego de las estrellas fijas.»

¿Era por estos absurdos planes, producto de la ignorancia y de la osadía, por los que se abandonaron los trabajos de los filósofos griegos. Mucho tiempo transcurrió hasta que los grandes críticos que aparecieron en tiempo de la Reforma compararon las obras de estos escritores, y colocándolas á un mismo nivel nos enseñaron á mirarlas con desprecio.

La parte más extraña de este presuntuoso sistema era su lógica y la naturaleza de sus pruebas. Se apoyaba en la evidencia del milagro y se suponía demostrado un hecho con alguna manifestación asombrosa ó cosa semejante. Dice un escritor árabe refiriéndose á este propósito: «Si un encantador me afirmara: *Tres son más que diez, y en prueba de ello voy á cambiar esta vara en una serpiente*, podría admirarme de su habilidad, pero seguramente no admitiría su afirmación.» Sin embargo, durante más de 1.000 años fué ésta la lógica aceptada, y en toda Europa se admitían proposiciones tan absurdas y pruebas tan ridículas.

Cuando el partido que había llegado á dominar en el imperio no fué capaz de producir obras intelectuales que

podieran competir con las de los grandes autores paganos, y cuando se hizo imposible para él aceptar una posición inferior, nació la necesidad política de perseguir y anular el saber profano. Á ella se debió la persecución de los platónicos y de los valentinianos. Fueron acusados de magismo y aun condenados á muerte. La profesión de filósofo llegó á ser peligrosa; era un crimen de Estado. En cambio se desarrolló la pasión por lo maravilloso, el espíritu de superstición. Los grandes hombres que en Egipto habían formado su inmortal Museo, fueron substituídos por turbas de monjes solitarios y de reclusas vírgenes.



### CAPÍTULO III

#### Conflicto sobre la doctrina de la unidad de Dios. —Primera Reforma ó Reforma del Mediodía.

Los egipcios insisten en la introducción del culto de la Virgen María.— Son combatidos por Nestorio, patriarca de Constantinopla; mas por su influencia con el Emperador obtienen el destierro de Nestorio y la dispersión de sus secuaces.

Preludio de la Reforma del Mediodía.—Ataque de los Persas; su efecto moral.

Reforma arábiga.—Relaciones de Mahoma con los nestorianos. Adopta y extiende sus principios, rechazando el culto de la Virgen, la doctrina de la Trinidad y todo lo que es opuesto á la unidad de Dios.— Extingue por la fuerza la idolatría en Arabia y se previene á hacer la guerra al imperio romano.— Sus sucesores conquistan la Siria, el Egipto, el Asia Menor, el Norte de África, la España é invaden la Francia.

Como resultado de este conflicto, la doctrina de la unidad de Dios se establece en la mayor parte del imperio romano.— Se restaura el cultivo de las ciencias y el cristianismo pierde muchas de sus más ilustres capitales, como Alejandria, Cartago, y sobre todas Jerusalem.

La política de la corte bizantina había dado al primitivo cristianismo una forma pagana, la qual se había extendido por todos los pueblos idólatras que constituían el imperio. Se había verificado una amalgama de los dos partidos: el cristianismo había modificado al paganismo y éste al cristianismo. Los confines del imperio romano eran los límites de esta religión adulterada.

Al mismo tiempo que esta gran extensión, adquirió el partido cristiano influencia política y riquezas, y una